

Cuando vi a Gregoria se me vinieron encima los recuerdos y el tiempo en que vivía mi padre y llegábamos aquí a pasar las fiestas con mi abuela; las fiestas y también mi cumpleaños que es en febrero, para la época de los carnavales.

Llegábamos a San Salvador y ya antes de salir hacia Tumbaya se me aparecía el silencio de los cerros. Hubiera podido andar con los ojos cerrados, igual sabía que estábamos en La Quebrada, porque el silencio se me metía dentro de los huesos y había como un olor a melaza y a tamales por todas partes.

Mi abuela tocaba la quena y cantaba bagualas, pero eso era antes, cuando mi hermana y yo éramos chicas y veníamos acá y mi papá golpeaba la caja y tocaba el charango. Le había quedado eso de cuando era un niño, la música, que aquí es de la gente y es de todos.

Eso es algo que se le quedó adentro, doctora; como le queda a la gente de acá, y después lo guardó para siempre, en el pecho lo guardó, y se fue para la ciudad, buscando con qué ganarse el pan.

Así fue que mi padre llegó a Córdoba y allá anduvo solo, de un lado para el otro, sin casa y sin trabajo, haciendo un poco de todo, changas más que nada, hasta que se casó con mi mamá y consiguió ese trabajo de portero en la escuela que está pasando la costa del canal, cerca de donde era antes nuestra casa.

Aunque se fue de aquí cuando era joven, un muchacho casi, a mi padre se le quedó en el alma todo esto y quiso que nosotras guardáramos muy adentro la música de la Quebrada, las bagualas que son como un lloro de estas piedras, y el amor a los colores de acá, y a las cosas que tenía mi abuela, las cosas de adentro de uno, del corazón, quiero decir. Es que, como digo, se le habían quedado en el alma estos cerros, y nos dio eso a nosotras para siempre, porque no sé a mi hermana pero lo que es a mí me vino para no irse el amor a esta tierra.

Veníamos con mi madre y con mi hermana y se nos amarraba el mundo de mi padre y todo esto se hacía más grande cada vez. Casi siempre llegábamos para el nacimiento del Niño, o unos días antes, para la época en que se preparan los pesebres en las casas, y se cubren las piedras con arpillera y después se esparcen con arcilla y con ceniza, y los pastores buscan sus trajes. Pero también solíamos venir en febrero, para carnavalear en las cacharpayas y para comer empanadillas y beber agua de chuño.

Siempre era así, como le digo, todas las veces era así: veíamos el nacimiento del Niño en el cerro y el pesebre que mandaba hacer el cura de Susques que es el poblado que está más cerca, y mirábamos a los pastores bajando el cerro, cabestreando las mulas bajo los candiles, y a la Pachamama, Baltasar y San José, bien acomodados en las laderas.

Después, cuando el Niño ya había nacido, mi abuela nos llevaba hasta Susques a oír la misa. Eso nos gustaba, porque también en la iglesia había música y nosotras teníamos el recuerdo de las bagualas y de los huainos, y el sonido de las quenas y los charangos y de todo lo que es de acá. Más amarrados tuvimos esos recuerdos que la memoria de mi madre y la de mis abuelos de Córdoba, más que ésa tuvimos esta memoria y todo sucedió de esa manera porque mi padre así lo quiso y a lo mejor porque lo quiso también así mi madre.

Ahora el pelo ya no le cae hasta la pollera y me parece que tampoco tiene el brillo que tenía en aquel tiempo. Lo lleva atado en la nuca y también lleva sombrero de ala ancha. Yo, de atrás que estaba, le miré el cuello y la espalda y vi la mano que tomaba al niño y la manta de llama que llevaba y entonces supe que era ella, nomás la que era, como era antes.

No sé qué diría ahora mi padre si la viera, porque me parece que ha cambiado mucho, el andar que antes tenía se ha vuelto seguro, firme, y hasta me parece que no le ha quedado nada del miedo de aquel tiempo, y muy poco, por no decir nada, de la vergüenza que le daba mirar a la gente a los ojos.

Todo eso me parece que se le ha ido, que no le ha quedado ni siquiera un ramalazo, y que ahora todo lo que tiene –el andar, el pelo recogido y el sombrero negro de ala– es del modo y la manera que tienen las mujeres de acá.

Pienso en los ángeles de la Capilla y en las labores que voy haciendo, y en las veladuras y en las pátinas también pienso. Es lo que me viene al pensamiento, ahora que todo lo que tengo es lo que fue de mi padre y de mi abuela, desde que mi abuela Rosa arregló este rancho que era de su madre para protegerse de las ventoleras y aquí trajo sus llamas y sus guanquitos y se instaló, antes que pasara un hombre que iba hacia el norte se instaló, antes que la preñara el

hombre, y desde aquel tiempo esto fue de ella y de mi padre y ahora es también mío.

En este último tiempo he aprendido a hacer las veladuras y a dorar. Es lo que encontré cuando vine a vivir al norte, después que amainó la pelea con mi madre y empezaron a acabar las discusiones. En cambio, todo lo que le cuento comenzó hace mucho, cuando Gregoria fue a vivir a nuestra casa y llegaron con ella los problemas, porque no vino sola sino con todo lo que era, y entonces pasó aquello con mi padre.

Como le digo, todo empezó por aquel tiempo y terminó, es un decir, muchos años después, cuando saqué el dinero de la Casa de Descanso y me escapé. Entonces fue que vine para este lado y hablé con las monjas para hacer estas pátinas y estos falsos acabados que bien les quedan a sus ángeles y a los santos de la Capilla.

Luego, una vez que arreglé lo del trabajo en el taller de las hermanas, vine hasta aquí, a vivir en los linderos de Susques, a la casa que era de mi abuela, y empecé a trabajar.

Desde entonces bajo una vez al mes hasta Jujuy: me lleva un capataz que viene desde Jama, el paso que está más arriba, para el lado de Chile, y él mismo me regresa al otro día cuando vuelve hacia el alto. De este modo me traigo las labores y hago los falsos acabados, en el silencio de las piedras, lejos de los chillidos de esos

*María Teresa Andruetto*

pájaros que me perseguían en la ciudad, unos graznidos que llegaban de quién sabe dónde y me turbaban.

Estoy muy agradecida a las monjas, porque fueron ellas las que me enseñaron a arreglar lo que estaba roto, a componer las imágenes y reparar lo más menguado, lo que suele echarse a perder. Ahora que he aprendido, me dan ya por fortuna las imágenes y entonces yo las traigo aquí donde trabajo, entre estos cerros, en estos linderos que están cerca de Susques, apenas más abajo del Paso de Jama, como ha visto, en medio mismo del silencio, lejos de los gritos de esos pájaros que nunca supe si venían de afuera o venían de adentro.

Cuando estaba allá en Córdoba, en la Casa de Descanso, cerca de donde era antes nuestra casa, donde viven mi hermana y mi madre y donde también vivía yo, una monja que se llama Estela, a la que quiero mucho, me dijo que se mudaba para el norte, y me indicó dónde buscarla si yo estaba sola y llegaba a venir para estos lados.

Así fue que llegué a San Salvador y busqué la calle Virgen de las Nieves y en la calle el taller de las hermanas y en el taller a la hermana Estela, la que me dio la estampa del Santo aquella vez para que yo la compusiera.

La hermana Estela me había dicho que la buscara a ella y eso es lo que hice. Llegué sin nada, sin enseres ni ropa ni nada, con mis solas ganas de venir para acá, y con esa nada que traía fui al taller y pregunté por ella. Lo recuerdo bien: me hicieron que esperara y me quedé en la sala, con un poco de frío y otro poco de sueño por la mala noche, con la cabeza sin pensar en nada.

Yo estaba sola, ¿sabe?, sola en el mundo, sin padre, sin madre y sin memoria, tratando de olvidar lo que había vivido antes cuando estaba con mi madre y discutíamos, y también lo que había pasado con mi padre. Totalmente azorada estaba, confundida todavía por lo sucedido, cuando levanté la cabeza y vi, por la puerta entreabierta, la sala del convento y en la sala una mesa larga con las patas torneadas, y encima de la mesa unos botes con ungüentos.

Le aseguro que eso es algo que no se puede olvidar. No se puede, doctora. Esos colores en los potes, esos que vi con estos ojos dando brincos. Así es como sucedieron las cosas que le digo: me levanté de donde estaba sentada y me acerqué a la puerta, pasé al taller y me arrimé a la mesa. Eran como coyuyos el pan de oro, los ferrites y la purpurina, el tierra sombra, el azul talo, el blanco de titanio... y el mordiente con ese olor que se le mete a uno adentro.



Había también un color plata, un azul cobalto y el granate, eso es lo que supe después, cuando aprendí a distinguir las sustancias, los colores y las marcas; y vi también que había óleos, témperas y acrílicos, que no son naturales pero igual relumbran.

Antes de eso, yo sólo había visto lo que se usa en la escuela, colores de lápices o témperas, y los que tenía aquí mi abuela Rosa para sus cacharros, el negro y el terracota, pero nunca jamás había visto el pan de oro que es lo que se necesita en la Capilla para cubrir las estampas de la Virgen y para las composiciones de los santos y las santas, ni tampoco conocía el azul talo, ni el azul cobalto, ni otros azules que existen, ni el granate.

Me gusta hacer las veladuras y también los falsos acabados. Falsos acabados, así es como los llaman, porque se pinta para que parezca piedra, mármol o madera con sus vetas, sus manchas y cogollos... aunque no sean verdaderos a mí igual me gustan, hacen que después de mucho cubrir y sobar, todo quede al fin bastante bien.

No sé qué piensa usted, doctora, pero a mí se me hace que es también así la vida. Yo se lo dije una vez al doctor Freytes, cuando estaba allá en la Casa de Descanso: primero uno cubre todo y después va sobando de a poco lo que tiene soterrado, que es siempre lo que duele y hay que soliviar. Es de ese modo como se cubre lo que estaba expuesto. Por eso pienso algunas veces que

si pudiera hacerme yo misma a mí unas pátinas como estas que les hacemos a los ángeles, si pudiera pasarle pan de oro a lo que ha perdido el brillo, si al alma de uno le fuera bien hacerle veladuras, seguro que lo que duele se pondría opaco y no se sufriría más.

Me gustan estos menesteres, porque se cubre lo que está debajo pero igual se ve. Es lo que pasa con lo que está velado: se ve mejor que cuando queda expuesto. Una vez que recompongo y acomodo lo que se ha deshecho, paso el pan de oro y luego cubro con betún. Se llama betún de Judea y es lo que me dan acá en San Salvador, para que tape las imágenes y lo que es nuevo se vuelva viejo y se cubra lo que estaba roto.

Cuando se seca lo que he pintado, lo sobo bien para que quede apenas un poco, para que no se cubra por completo, porque es así como se ve mejor. Todo esto que he aprendido a hacer, estas veladuras, son nomás para que lo nuevo se vuelva viejo, como los ángeles de la Capilla.

No sé qué piensa usted, pero a mí me parece que es al revés de lo que pasa en la vida, donde el dolor que a uno le ha sucedido antes, y antes de antes, parece que naciera siempre por primera vez.